



Boletín Oficial

DEL
Obispado de Osma

AÑO XXIX. 10 DE FEBRERO DE 1939 NUM. III

Sumario: Circular del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo sobre una «Semana de Acción Católica» en Aranda de Duero.—Del Poder civil: Sobre inhumaciones en lugares sagrados.—Carta Colectiva del Episcopado alemán. (Continuará)

SEMANA DE ACCIÓN CATOLICA

Hace tiempo que, de acuerdo con los Sres. Párrocos de Aranda y de algunas otras personas fervorosas y entusiastas de aquella población y comarca, veníamos pensando en la celebración de algún acto de Acción Católica que encauzara, extendiera y fortificara las actividades que empezaban a resurgir entre nuestros buenos ribereños.

Resueltas ya, por fin, algunas, y orilladas otras de las dificultades, que no dejaban de ofrecerse, hemos creído llegado el momento oportuno de realizar nuestros propósitos.

Con ellos, lo sabemos muy bien, no hacemos más que secundar los vehementes deseos de Nuestro Santísimo Padre el Papa, Pío XI, que, desde los comienzos de su ya largo y fecundo pontificado, de palabra y por escrito, no ha cesado de exhortar a todos, para que en todas partes, y, lo antes posible, se organice,

debidamente, la A. C.: tan necesaria la cree él para devolver el mundo a su legítimo dueño, nuestro Señor Jesucristo.

La A. C.; que en expresión del Emmo. Sr. Cardenal Pizzardo, es obligatoria e indispensable en todos los países, viene a ser en el nuestro una de las necesidades más graves y urgentes de la hora presente, que tantas necesidades perentorias tiene.

Para convencerse de ello, basta echar una mirada por nuestra diócesis, una de las que menos han sufrido en esta terrible tragedia, que gracias a Dios, parece que está tocando a su fin.

De las 419 parroquias que cuenta la diócesis de Osma, casi una tercera parte, 129, se encuentran ya sin sacerdote, y sin esperanza fundada de tenerle tan pronto; antes, ha de crecer, y no poco, el número de las que lloran ya su triste infortunio.

«Me da pánico, leemos en carta de un párroco y Arcipreste que llega a nuestras manos cuando estamos escribiendo estas líneas, me da pánico que llegue el Boletín, ¡Qué de sacerdotes difuntos! Nos quedamos en cuadro. ¡Ahora se notan los efectos de la República y de la Guerra! ¡Ahora salen los disgustos y afecciones morales! ¡Pobre diócesis! ¡Pobre Obispo! Y en el mismo día nos comunica otro venerable Párroco, y Arcipreste también: «En el Arciprestrazgo (que cuenta con 16 parroquias) no quedamos más que dos sacerdotes hábiles, encargados, el uno, de nueve, y el otro de siete parroquias; porque ¿qué pueden hacer los otros dos que restan, el uno de 84 años, y el otro enfermo, que no puede celebrar»? Se lamentan y no es extraño.

Porque, sin contar los que fueron baja por otras causas, solo la muerte nos arrebató, en estos dos últimos años, 27 sacerdotes, que no han tenido más compensación que los dos que fueron ordenados de presbíteros el 25 de julio próximo pasado.

Y lo peor es que esa proporción, aterradora, entre los sacerdotes que se van y los que llegan, ha de mejorar muy poco en años sucesivos. El número actual de seminaristas oxomenses, aun contando entre ellos a los que puedan incorporarse de nuevo al terminar la guerra, es tan exiguo que no consiente hacer cálculos más alagüeños.

Añadid a esto que, 129 sacerdotes, no es posible improvisarlos—nada menos que doce años necesita la Iglesia para la formación de un sacerdote—y fuerza será convenir en una de estas dos cosas: o que hemos de renunciar a tener apóstoles que evangelicen al pueblo,—¡a nuestro pueblo, que está hambriento, que tiene hambre atrasada de religión y moral!,—o que será preciso buscar, entre los seculares, apóstoles que partan el pan de la doctrina cristiana a tantos menesterosos; pues nadie pensará que a la diócesis de Osma hayan de venir los sacerdotes de otras diócesis españolas tanto o más necesitadas que la nuestra.

Los seculares, incomprensivos, llamémoslos así porque no se ofendan, los seculares, que negaron a la Iglesia sus hijos cuando ésta se los pedía para el sacerdocio, y no quisieron darle recursos, en que abundaban, y ella hubiera utilizado para reclutar candidatos entre las familias humildes, que generosamente se los brindaban, tendrán que ofrecerse ahora como sustitutos de los muchos sacerdotes que nos faltan, o como auxiliares de los pocos que nos quedan, si no quieren renunciar, entre otras cosas, no menos importantes, porque atañen al bien eterno de sus almas, a la España grande y gloriosa que todos anhelamos.

Que nadie se engañe. Piensen todos que estamos viviendo horas trascendentales y decisivas para la Patria, y para la Iglesia Católica en España; y que es también la organización de la A. C., que la providencia amorosa de Dios, por medio del Vicario de Cristo en la tierra nos depara en la hora presente, un recurso

decisivo y trascendental para nuestra salvación y la de nuestra patria. Seamos siquiera cuerdos, sepamos aprovecharlo y no lo desperdiciemos.

Pues esta semana que proyectamos, viene precisamente a eso: a organizar en Aranda de Duero, y toda su comarca, la A. C. Viene en busca, no os asustéis, de apóstoles seculares; a reclutar seculares fervorosos que sustituyan y auxilién a los sacerdotes, en el grado y medida en que los sacerdotes pueden ser sustituidos y auxiliados por los seculares; pues sabido es que la A. C., según la clásica definición que de ella nos ha dado, y no sin inspiración divina, como él dice, S.S. Pio XI., no es otra cosa que «la participación de los seculares en el apostolado jerárquico». Es decir; parte del apostolado que Jesucristo dejó en su Iglesia, organizado y dirigido por el Episcopado, y a él sujeto totalmente, pero ejercido, no por sacerdotes, aunque tampoco sin ellos, sino por seculares piadosos que resultan honradísimos con el ejercicio de esa misión que les confiere la Iglesia, pues no difiere mucho de la altísima que tienen los sacerdotes.

Ved, pues, si estará justificado el interés sumo que tenemos en que la A. C. sea organizada, pronto y bien, en la diócesis de Osma; si desearemos vivamente que todos, sacerdotes y seculares, asistáis a la semana de A.C. que, con la ayuda de Dios, tendrá lugar en Aranda de Duero durante los días 20 al 26 de los corrientes, con arreglo al programa que a continuación os damos.

Deseamos que asistan cuantos sacerdotes puedan hacerlo, sin detrimento grave de sus feligreses.

Los sacerdotes son los Consiliarios o Asistentes de las distintas agrupaciones de A. C. que existen ya, o que en lo sucesivo se creen en sus respectivas parroquias. Pero el Consiliario ha de ser el alma de esas agrupaciones, el que ha de formar en ellas a esos apóstoles seculares que vamos buscando y tanto ne-

cesitamos; y como la formación de apóstoles no es cosa fácil, merece la pena que, aun a costa de algún sacrificio, que no dejará de tener su ayuda y de encontrar la debida recompensa, procuréis recibir lecciones de quien puede darlas competentemente.

Pues bien; uno de los más capacitados en esas materias, consiliario él también, propagandista especializado, maestro competentísimo y experto de A. C., es D. Emilio Bellón. Id a escucharle, que no seréis defraudados. Allí nos encontraremos, porque allí pensamos estar, en espíritu, todos los días de la semana; física y corporalmente, cuantos días podamos, que ójala fueran todos. De todos modos, procuraremos no faltar los tres últimos.

Deseamos, asimismo, que asistan también los seculares. Los de Aranda, todos; de los pueblos comarcanos, cuantos puedan: hombres, mujeres, y sobre todo, jóvenes, de uno y otro sexo, que todos son llamados a formar en las filas de A. C.; para toda clase de personas hay en ella ocupación, la mies es mucha; y todos cuantos asistan encontrarán doctrina abundante, apropiada, clara, precisa y práctica, en las lecciones de D. Emilio, en las del Sr. Aparici y demás Propagandistas que han de tomar parte activa en la Semana.

Dóciles a la voz de Dios, que por nuestro medio os llama, no dudamos que acudiréis solícitos a recibir en vuestras almas la buena semilla que la mano abierta de tan excelentes sembradores irá depositando en ellas a lo largo de la Semana.

No olvidemos, sin embargo, que no es el que planta ni el que riega, sino Dios es quien hace creer y fructificar lo que para su divino servicio se planta. Por eso acudamos todos a El desde hoy pidiéndole en nuestras fervorosas oraciones el éxito de esta Semana de A. C., para provecho espiritual de nuestras almas,

para bien de España, tan necesitada de buenos ciudadanos, y para mayor gloria de Nuestro Señor Jesucristo, Rey inmortal de los siglos.

Prenda de las Bendiciones divinas que para todos los Semanistas pedimos al Cielo, os damos con todo afecto la Nuestra, en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amén,

Burgo de Osma, 7 de Febrero de 1939,

† TÓMÁS, OBISPO DE OSMA

PROGRAMA DE LA SEMANA

(Del lunes, 20, al domingo, 26)

En líneas generales, y salvo las modificaciones que causas imprevistas puedan ocasionar, el programa será el siguiente:

Por la mañana

Todos los días a las 8, en la Iglesia de San Juan, para el público en general, Meditación y Misa de Comunión, por el Consiliario de la J. de A.C., D. Emilio Bellón.

A las 11, Acto para los Directivos, actuales o posibles, de las cuatro ramas de A. C., dirigido también por el mismo Sr. Bellón.

Por la tarde

A las 4, Reuniones de los Directivos de cada ra-

ma, separadamente, bajo la dirección de competentes Propagandistas, cuyos nombres oportunamente se darán a conocer,

A las 8, en la Iglesia de Santa María, santo Rosario, Exposición de su D. M., Bendición y Reserva. A continuación, Conferencia sobre temas generales de A. C., a cargo del Sr. Bellón.

NOTA. Los Sres. Sacerdotes tendrán, además, otros actos dirigidos por el Sr. Consiliario D. Emilio Bellón, sobre temas de A. C. que ellos libremente pueden proponer, o Nós creamos oportuno señalar, a las horas que se estimen más convenientes.

El domingo, en el Acto final de la Semana, que será solemne, hablarán los Sres. Propagandistas que hayan tomado parte en la Semana, cerrándose ésta con breve Alocución del Excmo. Prelado.

A. M. D. G.

DEL PODER CIVIL

MINISTERIO DEL INTERIOR

ORDEN

Sobre inhumaciones en lugares sagrados

Son muy frecuentes las peticiones que llegan a este Ministerio de familiares que desean dar sepultura a sus deudos en los templos o criptas, así como en las casas religiosas o en los locales anejos a unos y otras, bien alegando los derechos adquiridos con anterioridad a la promulgación de la ley de treinta de Enero

de mil novecientos treinta, o solicitando la concesión de una licencia especial para tal fin.

Atento este Departamento a armonizar los intereses de la salud pública con los del Estado, así como también para satisfacer, siempre que sea posible, los deseos anteriormente expuestos, he tenido a bien disponer:

1.º Las peticiones de inhumación en todo local de carácter religioso serán dirigidas a este Ministerio por la persona de parentesco más próximo al finado, justificando documentalmente haberse cumplido las prescripciones sanitarias vigentes a este respecto.

2.º Toda concesión, independientemente de los demás derechos que devenguen, será gravada con un donativo en metálico, que se fijará en cada caso con la debida antelación, para conocimiento del solicitante, a fin de que preste su aprobación o desista de su propósito.

3.º La cantidad recaudada por cada otorgamiento del correspondiente permiso de inhumanación será entregada a la autoridad eclesiástica competente para que la invierta en la reconstrucción de los templos devastados.

Burgos, 31 de octubre de 1938.—III Año Triunfal—

RAMÓN SERRAÑO SUÑER.

Ilmo. Sr. Jefe del Servicio Nacional de Sanidad.

PASTORAL COLECTIVA

Del Episcopado alemán reunido en Fulda

Queridos diocesanos: Al dirigirnos a vosotros, desde la tumba de San Bonifacio, con una carta colectiva, nosotros, Obispos católicos alemanes, ante todo queremos afirmar nuestra unidad espiritual en Cristo, cuyo cuerpo místico representa también la más íntima unión de sus miembros.

Enviamos, pues, un cordial y fraternal saludo al Excelentísimo Episcopado y a todos los fieles de la tierra austriaca. Por desgracia, es la misma lucha ideológica, la que hace estragos al lado de allá, como al lado de acá de las antiguas fronteras, y el mismo fin el que nuestros adversarios persiguen, con idénticos métodos de lucha.

En anteriores Pastorales los Obispos católicos alemanes, con oportunos llamamientos y advertencias, señalamos ya el carácter de esta lucha que nos ha sido impuesta. Hoy también, después de varias experiencias, debemos hacer constar que los ataques no sólo no se han moderado lo más mínimo, o se han hecho más soportables, sino, por el contrario, han llegado a ser más acerbos y más violentos, revelándose con mayor claridad los fines que se persiguen. Se quiere, en efecto, impedir y desangrar la vida católica; todavía más, se quiere destruir la Iglesia católica en medio de nuestro pueblo y hasta extirpar el mismo cristianismo, para introducir una fe que nada absolutamente tiene que ver con la verdadera fe divina y con la fe cristiana acerca de la vida futura.

Examen de hechos.—Por lo que respecta a los nuevos obstáculos que se oponen a la vida católica, muchos católicos alemanes se preguntan ansiosamente si, no obstante su nacionalidad y su fidelidad

al Estado, no gozan ya ellos de los mismos derechos que sus conciudadanos y si, contra las acusaciones, no merecen ser escuchados ni creídos, ni merecen tampoco defensa ni reparación. Cuando con incomprensible audacia se obliga a un Obispo alemán a dejar su diócesis y después, a su debido retorno, se le molesta continuamente con violencias sin precedente, mientras la autoridad pública nada hace para impedir las, la población católica difícilmente puede sustraerse al temor de que, a no tardar, los demás Obispos estarán a merced de las multitudes expresamente incitadas.

Con el más profundo dolor hemos visto también inferir las más graves ofensas al honor personal del Santo Padre. Nosotros, los Obispos y católicos alemanas, participamos de la indignación de todo el mundo católico. Permanecemos tanto más estrechamente unidos y fieles al Santo Padre cuanto que El sufre por nosotros y recoge, como fruto de una larga y sincera benevolencia, amarga ingratitude. En un futuro más tranquilo, cuando queden en su puesto la verdad y la justicia, deberá reconocerse abiertamente que todas las disposiciones y todas las manifestaciones del Papa estaban inspiradas únicamente en la obligación de salvaguardar la fe en la parte católica del pueblo alemán.

Pero lo que ahora en determinados lugares se procura por todos los modos es cabalmente esto: la total destrucción de la fe católica en Alemania.

No se objete que esto es un vano temor o una calumnia inspirada en sentimientos hostiles al Estado. Autorizadas personalidades han declarado públicamente que en su programa espiritual está el acabar con el catolicismo alemán.

Ni se diga que, a pesar de todo, no hay impedimento alguno contra el ejercicio del culto. Esto es verdad en gran parte; pero en realidad se hacen los esfuerzos posibles a fin de dificultar la frecuencia a la

iglesia, especialmente entre la juventud y en los campamentos, a la vez que se condena, como contrario a la unidad de la nación, todo lo que es confesional, y se destierra de la vida pública toda manifestación religiosa. Se piensa de este modo relegarnos a las catacumbas, lo que vendría a ser el principio del fin. Para justificar todo esto, se descuida y se desprecia cuanto de grande y santo hay en la historia de la Iglesia, o bien se explica en sentido racista (incluso en los libros escolares), mientras que, cuanto en ella pueda haber de malo, se hace resaltar con vivos colores y se exagera, sin respeto a la verdadera ciencia ni a la justicia natural. ¿O acaso merecen menos respeto de la verdad y la justicia los muertos sin audiencia y sin defensa que los vivos que pueden defenderse? Por ese abuso de la historia se acogen con gusto y son ampliamente difundidos y recomendados libros y publicaciones que la ciencia alemana, como todo alemán culto y objetivo, saben cómo juzgar.

Por el contrario, la publicación de libros y periódicos católicos está sometida, no pocas veces, a la más estrecha vigilancia hasta la prohibición, el secuestro y la supresión.

Entretanto, de continuo y por doquier, se va investigando, frecuentemente con medios y recursos de dudosa licitud, sobre supuestas inmoralidades del clero y de los religiosos, conforme a criterios unilaterales, y continuamente se vuelven a tratar en juicio causas de mucho tiempo prescritas.

Una declaración; de una vez para siempre.— Asimismo se hechan en cara a la Iglesia secretas relaciones de índole personal y política con el bolchevismo ruso. Y se nos atribuye con insistencia esa actitud a pesar de que, ya por las Encíclicas y por las alocuciones pontificias, como también por las inequívocas enseñanzas de la doctrina católica, ya por las mismas declaraciones de los bolchevistas, se evi-

dencia que el sistema político y moral de éstos no encuentra enemigo más grande ni más irreconciliable que la Iglesia Católica Romana.

Cualquiera palabra cortés y cualquiera postura o acto del Jefe Supremo de nuestra Iglesia con relación a otros Estados o Naciones, sugeridos por prácticas diplomáticas o civiles o también por las circunstancias religiosas de nuestro tiempo, son ya interpretadas como hostiles a Alemania y hasta como señales de alianza secreta con sus enemigos.

Dentro de las fronteras alemanas se promueven y se favorecen movimientos de apostasía de la Iglesia, mientras cada vez se ven más amenazados de represalias económicas los funcionarios, empleados y estudiantes que permanecen fieles católicos, represalias que también se cumplen duramente.

En la legislación matrimonial se ha aplicado un principio que no podemos dejar pasar sin una solemne protesta colectiva; y, con ocasión de la indicación de los motivos de la ley testamentaria, se ha llegado a hablar hasta de avaricia del clero como indigno explotador de los moribundos.

En cuanto a la afirmación de que ciertas cosas que deploramos y debemos sufrir no son sino una obligada reacción y una medida defensiva porque nosotros, Obispos y fieles católicos alemanes, no nos hemos entregado sin reserva al nuevo Reich, respondemos: Nosotros, los Obispos alemanes sinceramente y de un modo inequívoco nos hemos adherido muchas veces a la Nación y a la Patria, aun en el nuevo régimen, y hemos cumplido a conciencia nuestros deberes cívicos. Añadimos, no obstante, con valentía, que, siguiendo el movimiento ideológico, aparece cada vez con más claridad que ni siquiera los círculos dirigentes quieren un verdadero y durable acuerdo con nosotros y con la Iglesia Católica. O hay incompatibilidades fundamentales que impiden un acercamiento, o

bien en el desarrollo de los acontecimientos ha llegado a dominar una corriente que quiere el fin de la Iglesia y no la paz, o al menos una soportable convivencia entre la Iglesia y el Estado.

Quede, pues, de hoy para siempre sentado con toda firmeza que nosotros, Obispos católicos alemanes, no compramos el bienestar, y menos la soia tolerancia y la tranquilidad, con el sacrificio de nuestro patrimonio religioso, ni cediendo de los derechos de la Iglesia, ni con menoscabo del valor personal y del carácter.

Los Obispos alemanes sabemos lo que es la Iglesia: la institución de Jesucristo, el más santo de todos los hombres e Hijo eterno de Dios; el Reino salvífico de nuestro Señor, fundado sobre la roca de Pedro y de los Pontífices sus sucesores: la Sede de la verdad y de la gracia; el único poder espiritual que resiste hace dos mil años, a pesar de todos los ataques externos e internos, y que resistirá durante todo el tiempo venidero porque a ella se le dijo la palabra divina; «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

Cotejo de doctrinas. — Queridos diocesanos: Repetidas veces hemos declarado que la lucha va dirigida no sólo contra la iglesia, sino contra el cristianismo como tal. El repudio del Antiguo Testamento ya lo revela; pero además se ha definido el Cristianismo como una religión fosilizada de tiempos pasados y completamente inútil e impotente para nuestro tiempo.

Aun prescindiendo de esto, fundándose en la raza y en la sangre, se ha afirmado que la persona y la vida de Jesucristo contrastan con la naturaleza del hombre alemán; que las principales enseñanzas de su doctrina, especialmente el dogma del pecado original y de la Redención, del premio y del castigo después de la muerte, no son otra cosa que supersticiones del Asia

Menor. impuestas a las razas germánicas después de haberlas sojuzgado.

Impelidos por tales doctrinas llegaron, especialmente los jóvenes, en algunos lugares, a quitar de sitios públicos las cruces, símbolo de la Religión cristiana, sin respeto a su valor artístico, donde lo había, llegándose hasta destruirlas, con gran amargura de la población cristiana. Ignoraban tal vez esos infelices que, al obrar así, insultaban la fe cristiana de sus mismos antepasados, correspondiendo con negra ingratitude a los muchos cantenares de miles de hombres que combatieron, con fe cristiana convencida, por nuestro pueblo y por nuestra Patria, y ahora llevan sobre sus pechos la cruz de hierro o duermen bajo las innumerables pequeñas cruces de nuestros cementerios de guerra.

En ciertos ambientes adversos se desearía también —¡cómo nos duele decirlo!—excluir de la Nación a los convencidos confesores de Cristo, los cuales «obedecen más o Dios que a los hombres», o bien estigmatizarlos con la nota de «políticamente infieles» con todas las penosas consecuencias que de ello se derivan.

En suma, un cuadro bien sombrío y lleno de contrastes. Mientras la España católica, en una lucha heroica, se afirma como adversario invencible del Anticristo bolchevique; mientras los cristianos y los católicos con concienzuda fidelidad cumplen sus deberes cívicos y militares y por amor a la Nación olvidan las molestias y sufrimientos impuestos, no pocos en medio del pueblo alemán pretenden humillar la fe cristiana como enemiga del pueblo y aniquilarla con un trabajo de demolición metódica y sin escrúpulos.

Algunas preguntas, — Contra todo esto dirigimos a nuestros conciudadanos capaces de razonar y amantes de la verdad, las siguientes preguntas:

¿No es contradecirse a sí mismos afirmar de una

parte que el Cristianismo no tiene ya raíces en el pueblo alemán, sino que está arrollado por la corriente del día, desgajado por el rayo del espíritu germánico, corrompido hasta la más profunda médula, y por otro lado promover un escándalo tan enorme para abatir un podrido cedro del Libano?

¿No obliga a reflexionar el hecho de que en el Cristianismo y en su Divino Fundador, millones y millones de alemanes, entre ellos eminentes pensadores, por espacio casi de quince siglos, nada hayan visto contrario, sino conforme a nuestro genio y como la suprema y feliz realización de su más profundo deseo religioso de verdad y de salvación?

¿Acaso no es un hecho incontestable que el Cristianismo y el germanismo produjeron en unión espiritual, la alta cultura alemana de la Edad Media?

¿Por fortuna no es evidente que la actual cultura alemana, hasta sus últimas ramificaciones, procede no sólo de raíces de la raza, sino sobre todo de la raigambre cristiana?

Una mirada imparcial sobre la masa del pueblo, ¿no encuentra acaso que la fe cristiana actúa todavía en muchos millones de almas netamente alemanas con una fuerza invencible, en el callado sufrir, en una vigorosa lucha moral, en la cual adquiere fervor y nobleza para la misma molesta e injusta persecución?

¿O se cree que los Cristianos y los católicos están tan faltos de juicio y tan atrasados que, asemejanza de niños crédulos, aprenden las enseñanzas de su religión como si fueran fábulas para pasatiempo; o que están bajo el encantamiento de brujas o hechiceros, cual los pueblos primitivos de tierras alejadas de la civilización?

No existen acaso cristianos convencidos que son reconocidos hombres de ciencia, maravillosos maestros de arte, Jefes autorizados de las fuerzas armadas,

de la economía, de la técnica y de todas las restantes actividades humanas?

¿No sorprende a toda mente honrada y objetiva, por no hablar de las inteligencias de madurez y cultura científicas, el modo superficial con que se dirige la lucha actual contra Cristo y el Cristianismo?

La pasión impide quizás ver que la lucha contra el cristianismo causa ya en el alma del pueblo alemán una espantosa división, contraria cabalmente a la comunidad nacional y nada constructiva.

Se ha querido una guerra de exterminio contra las Confesiones, porque, como se pretende, ellas al dividir el alma del pueblo alemán, debilitan su fuerza. Mas, ¿puede seriamente pensarse que un violentísimo choque entre cristianos y conciudadanos enemigos de Cristo, será menos perjudicial a la Nación que las eventuales discordias entre las diversas Confesiones?

¿Tan ciegos están que esperan la completa y pronta extinción del sol cristiano en el pueblo alemán mediante decretos y por la fuerza material? Sólo puede decir eso un necio que no conoce la historia del Cristianismo, ni su luz y calor, todavía íntegros, o que ignora la tendencia innata del hombre hacia la última verdad y la íntima paz.

Cristo ayer, hoy y eternamente.—A la verdad cristiana se la puede encarcelar y azotar como lo fué el Santísimo que dijo «yo soy el camino, la verdad y la vida»; se la puede entregar a los poderes de la tierra, coronada con las espinas de la calumnia, crucificada sobre un calvario alemán; mas ella pronto resucita y con aire de triunfo dirige una mirada sobre su tumba que los hombres habían preparado y sellado, y sobre las tumbas de sus enemigos, cerradas para siempre.

(Continuará)